

CLARA FIESTA

La España que trabaja y ríe se apresta con ilusión a su fiesta grande del primero de mayo. Entonces, en la Demostración Sindical, que resume su «otra» vida, la otra cara de la moneda, la otra orilla del río, la otra ladera de la montaña, veremos todos la canción y la danza, el teatro y el deporte, el patín y el salto, el recital y el coro.

El inolvidable Eugenio d'Ors, en su «Deportivo total en las pruebas de Educación y Desempeño», las cantó con un soneto que vale la pena recordar hoy, al paso de los años:

«Olas vernaes, si Invernal
Congesta,
a pie lonquicalzado, a brazo

Inudo,
humillar pudo tu virtud. Y pudo
hacer, de gran fatiga, clara

Fiesta,
Prez de irriquitias horas es

Aquesta,
cuando agonía sustituye a ludo,
y firme el pecho y el mirar

Tagudo,
a decorarlas, mocedad se

Aprasta
Tuyo es el mar, abierto a tu

Investida;
tuya la nieve, en tu deslíz

Encida;
tuyo el airé, si vuelo cuaja

Tanhelo,
que un enemigo de razón se

Taparte,
y su inícuo furor tendrá que

Thallarte
en mente, en mar, en espelma

Ca, en cielo».

Esta es la gran verdad de un camino abierto con ilusión afanosa, y que cumple con generosa firmeza sus estadios. Se degrana el rosario de las Demostraciones Sindicales, inintermittentes desde su nacimiento, como símbolo exacto de un pueblo que trabaja con ahínco en la conquista de su propio y definitivo destino, esperanzado con nobleza en el saberse parte sustancial de una nueva aristocracia, tan popular y tan elevada como es la aristocracia del trabajo.

Con versos más cercanos de nosotros, José García Nieto, allí, en la pista, en el estadio podemos ver todos «la mano del arado, el yunque, el remo, / sujeta ahora en el triunfal extremo / donde activa la luz su ligereza». Es un mundo nuevo, distinto, prometedor, que surge con fuerza viva, perdurable, afanosa. La festividad de San José Obrero tiene hoy auténtica pujanza, realidad y proeza el esfuerzo y brío, entre premio, definición y ecc.

Es el mundo del trabajo, el sindicalismo español, remedio con acierto en el quehacer de la Obra «Educación y Descanso». El mundo que era arado y Cervantes, mostrador y Gramados, barco y Häendel, mina y ciclismo, pala mecánica y Lope, taller y Albéniz, motor y atletismo. El mundo que labora conríe y aguarda. El mundo del trabajo, unido y abrazado en esta dorsiana «obra bien hecha», que es también Educación y Descanso, que es también la «clara fiesta» del 1 de mayo.

(Pyresa)

GAYTAN



Métodos didácticos

En mis tiempos estudiantiles había que acudir a las clases pertrechado de libretas, cuadernos o cuartillas y de estilográficas o lápices afilados. Los apuntes estaban en pleno imperio didáctico. Asistíamos a la reacción contra el libro de texto, la cual, como suele ser frecuente, llevaba en este caso al extremo contrario y tan vicioso quizá como el anterior. La ofensiva contra el libro de texto procedía tal vez de la Institución Libre de Enseñanza y de los sistemas implantados en su hijuela, el Instituto Escuela, no se con qué novedades en el terreno de la pura docencia, aparte del discreto excursionismo, sin duda muy educador.

Con el radicalismo propio de ciertos métodos pedagógicos, o de algunas reformas, al cabo conocidas, sobre todo cuando se cree estar en posesión de la verdad, se convino en que los textos representaban la rutina y la comodidad mentales y favorecían el tan dañino memorismo. Por el contrario, la atención al profesor suponía una colaboración creadora e investigadora, pues de éste no podían salir sino palabras sabias, prudentes al menos, fundadas en la más reciente doctrina, ya que a mayor novedad, mayor rigor científico.

Los alumnos aprestaban sus lápices y cuartillas y se adiestraban en una especie de taquigrafía en la que no dejaban de darse grandes virtuosos. No era tanta la perfección, sin embargo, que no hubiese necesidad de pasar a limpio los apuntes, lo cual servía para fijar mejor su contenido o simplemente para un ejercicio caligráfico, bastante estéril en muchas ocasiones. Por mi parte, fui siempre mal tomador de apuntes y no tardé en caer en la cuenta de que, o bien atendía a las palabras del profesor, con lo que me iba enterando mejor o peor de la doctrina expuesta, o bien me aplicaba a escribir precipitadamente una síntesis trabajosa y oscura y a trazar signos que se convertirían con frecuencia en meras voces y locuciones sin significado. De igual manera, algunas mecanógrafas saben traducir sonidos en el teclado sin enterarse de verdad. Aquellos pedagogos olvidaban, además, que a ciertas personas les repugna su propia escritura y sólo mirarla les produce fatiga.

Los apuntes acababan por parecerse a las reseñas de las conferencias que, por mucho cuidado que se ponga al redactarlas, suelen llegar, como tal extracto, al lector en forma de incoherente galimatías. Salvo los cuadros sinópticos que menudeaban tanto en los encerados como en los textos y con frecuencia también científicamente forzados, lo demás se evaporaba. O se lo grababa únicamente recoger un esquema paupérrimo, pues una lección verdadera está llena de variaciones e intercalaciones poco aptas para ser transcritas. De lo contrario, lo mismo daría unos apuntes que un libro de texto.

En sentido parejo, siempre me han admirado los estudiosos y eruditos que saben extraer de los libros sólo aquello que muy estrictamente les interesa y lo trasladan a fichas que les sirven para escribir, a su vez, otros libros, en los cuales han ido depositando la sabiduría de muchos que les antecieron. Por lo demás, no hay otro modo de que aumente la ciencia y para ello se precisa de una disciplina que no puede improvisarse.

El subrayado que otros suelen hacer conforme van leyendo se me antoja igualmente superfluo. Claro que puede subrayarse men-

talmente, pero apenas comprendo la necesidad de pasar una raya y menos la de trasladar frases completas a un cuaderno. Lo considero complicación excesiva, en la que a menudo se va lo esencial del escrito y poco en consecuencia con la propensión de algunos a economizar esfuerzos, o quizá a ordenarlos con arreglo a las apetencias del propio carácter. Todos nos movemos obedeciendo a un sistema de economía mental y, por bien dotada que sea una persona, siempre se le podrán hallar lagunas en sus conocimientos. A unos les interesa unas cosas y a otros, no, y el interés de cada cual se halla trabado con su desinterés.

Volviendo a los maestros, por mucho que varíen los métodos siempre habrá jóvenes u hombres menos jóvenes que los reconocen, los proclaman y confiesen lo que les deben. Resulta indispensable, en efecto, esa relación entre maestro y discípulo y el lazo de filiación espiritual continuará siendo un manantial de afectos nobles y de admiraciones no extensas de ternura. Y de estas últimas no está excluida las que sienten los maestros por sus alumnos ni el presentimiento del futuro magisterio de éstos.

En lo que concierne a matices menos elementales de la educación, ignoro por qué se había de concluir que una explicación farragosa e incoherente era preferible a un texto claro y lúcido. Sin embargo, está fuera de duda que un profesor inteligente y con dotes didácticas resulta siempre mejor que un texto, aunque no sea pedagógico, donde algún catedrático primerizo haya ensayado su profesional y obligada pedantería. Por supuesto que no se excluyen, sino que se complementan, texto y profesor, especialmente si ambos son buenos.

De vernos obligados a elegir, es preferible el buen profesor, ya que, por vivo y fecundo que sea el magisterio de un libro, no puede compararse al de un verdadero maestro. Este constituye algo más directo, acaso también más humilde, pero desde luego más entrañable, como tanto se dice ahora. Otro tipo de profesor dicta su lección solemne ante un auditorio numeroso, aunque sea en el ámbito de una aula universitaria. Lecciones que suelen ser capítulos de un libro que, indefectiblemente, verá la luz. Aquel no será acaso el maestro que influye en la educación profunda.

Por otra parte, hay una clase de oyentes que prefieren oír a leer cualquier texto, por excelente que sea. En la capital se ofrecen cursos y conferencias a las que acuden presurosamente personas que, de ordinario, son incapaces de leer aquello mismo que oyen. Por mucha difusión e imperio que haya adquirido la letra impresa, se prefiere la enseñanza directa, porque se intuye o se tiene la certeza de que un maestro es más que un libro.

Aparte de que el profesor también aprende del alumno, no he visto comprobadas en la realidad, entre maestros y discípulos, esas rupturas tajantes entre generaciones o esas rebeldías absolutas ante los mayores con las que algunos pretenden especular. (Pyresa).

E. García Luengo

Incomodidades londinenses

De siempre fue Londres la ciudad de los trenes. La gente vive conmutando, pasa una tercera parte de su existencia «encajonada» en ese viaje de ida y vuelta a la «city» desde el suburbio distante. Vagones silenciosos, rostros inexpressivos, que aguantan flemáticamente ese periplo cotidiano.

Refieren las estadísticas que ese ritmo de vida no lo pueden soportar los londinenses, y como consecuencia ha aumentado el número de suicidios. Desde 1965 a esta parte, ha crecido en un diez por ciento el número de suicidios en el área metropolitana de la capital del Reino Unido, donde cada uno de sus nueve millones de habitantes pasa un promedio de siete horas semanales en el interior de un vehículo de transporte. Asimismo, ha crecido el número de divorcios, y una de las razones que se aluden para ello es precisamente la serie de trastornos ocasionados sobre el individuo que viaja incessantemente. Ha nacido una suerte de matrimonio especial. Los ingleses hablan ya de «suburban husbands» y «suburban wives». Ellas permanecen aburridas en las barriadas distantes del centro de Londres esperando la llegada del marido irritable, cansado del atrecho de la «city». El televisor se encarga de todo lo demás. No hay comunicación. El marido llega de mal humor, pasa un par de horas ante la pequeña pantalla y se va a acostar, las esposas se aburren, los hijos viven su vida, y de ahí nace el divorcio y la delincuencia juvenil. Los sociólogos apuntan que el adulterio es un mal de cada día en las zonas periféricas y es más frecuente que en el casco de Londres.

Cada mañana arriban a las seis grandes estaciones de la capital del Támesis un total de cuatro millones y medio de viajeros. A las cinco, hora punta, la «city» se vacía, con todos los inconvenientes y maceraciones del sistema nervioso que ello comporta. Apretones, prisas, angustia y ansiedad. Un promedio de ocho personas mueren todos los días del año víctimas de ataques cardíacos o asfixia en el «rush hour» u hora punta, cuando la horda de burócratas invaden o abandonan sus oficinas. Se comprende, pues, fácilmente que no resulta cómodo habitar en la primera ciudad de Inglaterra. El anverso de la moneda se esca zozobra

de tener que estar tomando trenes y autobuses a todas las horas. Londres no es sólo minifaldas, ni Carnaby Street, ni el mundo «pop». Un diez por ciento del salario de los londinenses va a parar a las taquillas de las estaciones de metro y autobuses, se emplea en el consabido y rutinario «ticket». Se habla también de soledad la sociedad de la gran ciudad, la deshumanización de las relaciones como pecado capital de la gran urbe.

La mayoría de los ingleses tienen coche, nevera y televisión, pero no pueden usarlo más que los fines de semana. El tránsito está imposible en días no feriados, los aparcamientos son costosísimos, cuando los hay. La paciencia es el único arma que tienen los londinenses para hacer frente a esta mala racha, y tienen mucha. Lo han demostrado en más de una ocasión. Precisamente, en los momentos de crisis, guerras y situaciones de emergencia, se le a relucir esa tenacidad del legn inglés que todos los británicos llevan dentro. Entretanto, el tema está en la calle. A la mayoría de los londinenses no les gusta vivir en Londres.

Por otra parte, estas incomodidades no sólo son un privilegio de la capital del Reino Unido, sino de todas aquellas ciudades que pasen de los tres millones de habitantes. El urbanismo parece ser la pesadilla de los que piensan en el futuro, la maldición del progreso. El único remedio que se ofrece, claro está, contra el urbanismo es la descongestión. De hecho, la gran metrópoli de Londres ha decrecido en el número de habitantes en el último lustro. Se tiende a abandonar esta ciudad, y la gente se muda a vivir al campo o a las ciudades menores que satelizan la periferia. El Gobierno británico siempre ha sentido una especial preocupación por estos problemas y fue un pionero para combatir la polución de la atmósfera. Gracias a ello, la ciudad del Támesis posee uno de los aires más limpios de Europa. Sin embargo, la tendencia a abandonar Londres es un hecho que está originando grandes trastornos, puesto que a mayores distancias, mayores viajes; al fin y al cabo, la gente tiene que venir cada día a la «city» a ganarse el pan. (Pyresa).

ANTONIO BARBA GALINDO

CARTAS DE MADRID LOS ALFERECES

Don Luis Benítez de Lugo, presidente de la Junta Nacional de la Hermandad de Alféreces Provisionales, ha dirigido recientemente una carta circular a todos los asociados, de la que recogemos algunos importantes párrafos: «La Hermandad de hoy debe ser parte, dentro de la opinión pública, como genuino cauce social y patriótico, pero, a la vez, debe reflexionar sobre sí misma y obtener conciencia clara de su auténtica personalidad, no olvidando que una de nuestras misiones es la de despertar en el hombre la conciencia política y sincera de sí mismo y la de su contorno sociológico. No se trata de ir demasiado rápido; se trata de no ir con excesiva lentitud, pues cuanto antes logremos la emancipación definitiva, tanto antes habremos logrado, al igual que los hombres de buena voluntad, la primera de nuestras metas en el camino arduo de las estrellas». Al mismo tiempo, y en la misma circular, anuncia la pronta aparición de una revista de la Hermandad, órgano de expresión, llamada «Servicio», para defender los ideales por los que dieron su vida los mejores.

La Hermandad de Alféreces Provisionales puede reputarse como uno de los complejos asociativos más poderosos del país; agrupa a todos aquellos supervivientes que integraron los cuadros efectivos de la oficialidad del Ejército Nacional. Como todos saben, al producirse la guerra civil hubo que improvisar una gran mayoría de los mandos de este Ejército, y para ello se recurrió a la juventud de aquel tiempo, cuyos ideales políticos eran coincidentes con los mantenidos por el Alzamiento. Por ello, es justo reconocer que este Ejército, que alcanzó la victoria en 1939, no hubiera sido posible sin la aportación voluntaria de su oficialidad, dándole al mismo tiempo un reconfortable calor popular.

Porque tradicionalmente en España, y así lo recogen las páginas de nuestra Historia, la alferecía representa un estado intermedio entre la milicia profesional y el estado llano. Durante el reinado de Carlos V, los alféreces fueron el núcleo más fundamental de los ejércitos imperiales; ellos propagaron por Europa aquella idea universalizada del joven César hispano. Los alféreces fueron los civiles convertidos en soldados, pero sin perder las características de su estado anterior y dándose la circunstancia de que casi todos ellos procedían de los ambientes universitarios de aquella época, la alferecía siempre estuvo repleta de un marchamo humanístico e intelectual inconfundible.

Posteriormente a la guerra civil, el Ejército siguió contando con esta leva, manteniéndose ininterrumpidamente, hasta nuestros días, los efectivos procedentes de la milicia universitaria.

La circular del presidente de la Junta Nacional es signo inequívoco de que la Hermandad toma conciencia política. La Hermandad pasa del papel isotérmico de guardador de unos principios generales al terreno de la operatividad política; para ello utilizará, como todas las organizaciones políticas, un medio de difusión doctrinal. No podrá ser menos esta importante toma de actitud; los alféreces provisionales no tienen por qué ahora politizarse, porque siempre lo han estado; son representativos de una generación totalmente política: la de 1936, por un lado y por otro.

Esta actitud ideológica tiene también unos aspectos inconfundibles; lo social y lo patriótico son los dos soportes insustituibles sobre lo que se asienta todo el pensamiento joseantoniano.

En estos momentos en que la acción decidida de las fuerzas disgregadoras ponen en serio peligro el sentido nacional del país, los puntos expuestos por la Hermandad Nacional de Alféreces Provisionales viene a constituir por pleno derecho, la más firme garantía de la inalterabilidad de unos Principios Fundamentales.

ANDRES BLANCH

TIEMPO DE OPINION

PORQUES

¿Por qué sube cada año el salario mínimo (sobre poco más o menos) lo que subió el coste de vida, y se queda tan insuficiente como antes?

¿Por qué están produciéndose tantas explosiones de gas?

¿Por qué son más importantes ahora las excomuniones políticas que las excomuniones religiosas?

¿Por qué, de pronto, entre nosotros han proliferado los «halcones»?

¿Por qué aunque aquí no haya «caza de bruja» estamos empezando a cazar brujas?

¿Por qué parece como si no quisiesen que se superase el trauma del 36?

(De «La Codorniz»)

RESPONSABILIZAR

La prudencia ante las asociaciones puede estar justificada en una experiencia pasada de guirigayos políticos callejeros que fueron, realmente, el origen de muchos males nacionales. Pero si tales asociaciones se regulan dentro del marco jurídico de las Leyes Fundamentales —en cuyo texto se descubre la viabilidad de tales agrupaciones políticas, como entidades colaboradoras y estimulantes críticas—, el peligro de la confusión se habrá desvanecido y el país habrá ganado, por su parte, en eficacia democrática. Ordenar la concurrencia de pareceres es vertebrar la crítica local dentro de un cuadro de valores políticos basados en la flexibilidad del diálogo entre gobernados y Gobierno. En una palabra: responsabilizar a la opinión pública, alejando de ella tutelajes innecesarios.

(La Voz de Asturias)

EL ENGRANAJE

«Creo que lo que veta nuestro ingreso es un problema ideológico y económico. Yo no creo que los países del Mercado Común exijan una democracia formal a sus asociados; no pretenden hacer proselitismo. Pero lo cierto es que no pueden funcionar con una rueda que no tenga el mismo engranaje. Aquí solemos planificar siempre a corto plazo, pero las empresas europeas, que programan siempre a largo plazo, quieren estar seguras de que no se abandonan el azar, y no es posible hacer previsiones en un país en el que la marcha del Estado no depende tanto de sus o-
NACIAS COMO DE SUS DIRIGENTES»

(Declaración de V. Ventura en «Tele-Expres»)